

Un animal distinto

Pintura fresca

MATÍAS GODOY

Animal Extinto, Bogotá, 2020, 125 pp.

HAY LIBROS que parecen animales monstruosos, animales distintos, libros que un lector curioso abre y manipula, que hojear y manosea, y aún no da con la etiqueta que su intuición le sugiere en voz baja. Acuciado por su portada, el lector lo abre y encuentra cartas diversas, cuentos cortos, diversos diálogos, anuncios callejeros, fábulas, diarios de viaje y hermosas fotografías.

El lector lo cierra y observa el diseño, el colorido de la portada: una pintura que tiene algo de los retratos de Arcimboldo y del surrealismo, pero la figura central es un hombre cuyo cuerpo tiene aves y flores, con gente parada en sus piernas y brazos, al modo de Gulliver y los liliputienses de Swift. Al fondo, detrás del hombre, que parece muy serio, el lector observa paisajes superpuestos a manera de collage, con árboles, puentes y ciudades.

¿Qué tipo de libro es este?, se pregunta el lector, dubitativo. La respuesta es muy sencilla: este libro es una novela.

Matías Godoy, escritor y traductor bogotano, es el artífice de estas páginas, un libro más de su obra que parece continuar por el sendero abierto en sus libros anteriores, también imaginativos tanto en su forma como en su fondo: *Las Glorias* (Destiempo libros, 2011), *El árbol de los álbores* (Destiempo libros, 2012) y *Sueños de raspachín* (Salvaje, 2019).

Pero esta novela de Godoy tiene un personaje central, por supuesto. Y este protagonista es Oreste Sindici, el compositor de la música de nuestro himno nacional. Por tanto, no se asuste el lector, porque *Pintura fresca* no tiene nada monótono ni aburrido como la música de nuestro himno. Más bien al contrario, esta novela abunda en el mejor humorismo, para no usar la palabra “humor”, que si descolla así mismo en este rasgo es con el humor más auténtico, es decir, el humor involuntario. Recordemos que la palabra “humorismo” abarca la más variada y elegante ironía y envuelve una infinidad de tropos y figuras para ser, como

quería Pirandello, una forma de mirar el mundo.

Pero sigamos con Oreste Sindici y de qué va este libro. Un profesor musicólogo llamado Alexander Klein está escribiendo una biografía de Sindici. El profesor busca pistas, rastros y documentos de una gira que el compositor italiano realizó poco después de 1860, y para tal efecto el profesor Klein se apoya en un amigo suyo, un joven traductor que decide viajar por el noreste de Portugal, con tal misión como objetivo. Como en casi toda narración digna, el itinerario de Matías el viajero traza curvas y espirales, a su antojo, dando cuenta de los detalles que merecen, más que su capricho, su atención; y, lo que más nos atrae a ciertos lectores, el viajero da cuenta de sus inquietudes interiores, su sensibilidad, sus posturas frente a la complejidad de Sindici, y de sus ideas sobre el acto creativo y artístico.

Las primeras señales de este periplo son reseñas de funciones de óperas y conciertos en los que Sindici participa, y no sabemos si son un rastro real o ficticio del libro de Godoy —como otras partes del mismo—, algo que, en últimas, es lo de menos, pues el pacto desde la perspectiva del lector, con este libro, termina siendo de entrega absoluta. Estas reseñas van mostrando el desengaño de Sindici en su gira, sin descontar el éxito o fracaso de los otros músicos o del concierto. Entonces el humor y la ironía comienzan a despuntar en tales reseñas, porque Godoy plantea una crítica al tinte colonialista que representa Sindici: tras el fracaso de la gira portuguesa, el músico italiano viaja a Colombia, donde tendrá un éxito rotundo; da clases y compone a diestra y siniestra, y se vuelve una figura que se codea con lo más granado de nuestra sociedad. Y no es que Godoy hable o profundice a modo biográfico en tales detalles —una de las virtudes del libro—, sino que mediante las cartas enviadas por el profesor Klein nos muestra irónicamente su punto de vista.

Así, las cartas del profesor inclinan la balanza hacia el otro lado —justificar a Sindici y su viaje a Colombia—, y aquí debemos citar a Klein:

Matías, me gustaría ver también reseñas menos negativas [...], en que se ofrezca algún indicio de la crisis

existencial, de la zozobra interior que finalmente lo llevó a tomar una decisión tan radical para la época. [...] Que quizás esa debacle, ese desencuentro con el público portuense, esa incapacidad de dar lo mejor de sí en el escenario, sea justamente prueba de la dimensión de sus preocupaciones vitales, tan grandes que no lo dejan cantar. (pp. 16-17)

Es decir, quien necesita el material sobre Sindici, el profesor Klein, quiere escudriñar los aspectos y las causas de semejante fracaso y del viaje, y parece esperanzado con esos rasgos del músico italiano. Con todo, Godoy nos muestra facetas contradictorias y nada monolíticas sobre Sindici, algo que agradecemos por evitar que el músico italiano sea un muñeco de paja. Y a medida que avanzan las páginas, ya hacia el final, el crescendo de la crítica de Godoy a Sindici, acaso en el punto culminante de sus dardos, alternando con estampas, fábulas, diálogos y demás, se detiene para darle su estocada mortal en aquel pasaje del correspondiente Belli cuando este le formula dos preguntas letales al compositor: “¿Se le considera a usted un maestro?” (p. 118). Y tras la respuesta de Sindici, continúa Belli, al hablar de su exilio en Colombia: “¿En el reino de los ciegos el tuerto es rey?” (p. 119). “No entiendo qué quiere decir con eso”, le responde el compositor.

Pero lo mejor del libro para el lector es que, más allá de observar y rastrear las contradicciones de Sindici y sus circunstancias, el recorrido que nos muestra Godoy con la variedad de géneros abordados se torna absolutamente delicioso. El lector se pasea por Mirandela, Vila Real, Murça, Río de Onor y Bragança, entre otros lugares a los que solo alcanza la palabra escrita. O cuando la palabra se desborda, las ilustraciones complementan, pausan y resuenan con vibraciones sutilísimas, logrando al mismo tiempo una compacidad soberbia.

Y entre esos pasajes hermosos y heterogéneos de la novela no solo está el relato “Oreste cruza los Andes”, sino el mito de “El hombre-río” o “Un cuento de Tomasso”, donde aparecen el dictador Salazar y el cine juntos, poéticamente imposibles. También Matías, el narrador viajero, nos

RELATOS		RESEÑAS
<p>muestra al novelista Camilo Castelo Branco, escritor decimonónico del siglo XIX portugués, y establece relaciones y simetrías entre una novela suya, <i>Amor de perdición</i>, y una telenovela que ven en un hostel, al reflexionar sobre el verdadero protagonismo de los personajes secundarios. Y tampoco podemos olvidar la miniatura biográfica de António Dacosta, un pintor surrealista que le permite a Godoy meditar, hacer un guiño respecto a la profesionalización de la escritura y el oficio artístico; esto es, respecto a la verdadera pulsión de crear, de producir, y ese ineluctable paréntesis de silencio que entraña toda “carrera”, o mejor, todo acto y arco creativo.</p> <p>En este sentido, <i>Pintura fresca</i> responde a las ideas del autor: es un animal distinto, una suma original y encantadora de géneros diversos. Y el trabajo de Godoy con todo el equipo de la editorial Animal Extinto es más que encomiable, un equipo que no solo diseñó y con el mayor tesón le dio vida al libro, sino que incluso aparece en medio del juego al interior del mismo.</p> <p>Sobra decir que, a riesgo del equívoco, quizá asociamos esta novela de Godoy con la obra de Hugo Chaparro y con aquellos diarios de algunos pintores viajeros del siglo XIX, tipo Rugendas. Pero, por otra parte, no sobra decir que esperamos más libros de Godoy, esperamos más obra suya donde asuma aún más riesgos, donde se atreva a descender al Hades y a poner el dedo en la llaga, así sea mediante su fino humorismo. Y esperamos más animales distintos y extintos como este libro en nuestra escena colombiana.</p> <p style="text-align: right;">Diego Castillo</p>		